

Para el Sr. Sr. Nicolás Fi-
menez, altísima espiritualidad
crítica y profundo sociólogo.
Respetuosamente. *Caracas*
Quito - 17-II-1928.

INTIMAS

BIBLIOTECA

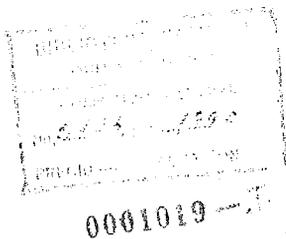
DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito

REF. N° 1.633
FECHA DE CONSTATAION .. Diciembre 1.950 ..
VALOR \$ 15,00
CLASIFICACION

ALBERTO LARREA CH.

INTIMAS

Prologo de Manuel Benjamín CARRIÓN



ÉDITORIAL PARÍS-AMÉRICA
PARIS — 14-16, Boulevard Poissonnière — 1927

PROLOGO

París, Junio de 1927.

Señora:

En una retrasada primavera de Francia, con el espíritu vibrante de lejanos anhelos, en presencia de usted oí al Poeta leer los versos de este libro.

Nos recorría un temblor íntimo. Una sed de paz con niños. Vivir la ilustración de una conseja de Andersen. Nuestros niños, los hijos... (No están de moda ciertas palabras hoy: corazón, lágrimas. Yo no vivo nunca a la moda). En esa tarde había en los ojos una lucha inútil con las lágrimas...

Y fué entonces, señora, cuando hice a usted el ruego y no al grave y docto Profesor, que tras de las gafas, oculta la sensibilidad exquisita del poeta. Y dije:

Es la ronda infantil la que vive en los versos. Es un inmenso amor, la vida de dos vidas gemelas, la que se ha vestido de palabras para cantar el canto unánime y cordial.

Usted, señora, es la dueña del libro, la autora de los versos. Usted, la inicial inspiradora. Y los dos, el Poeta y usted, se hicieron uno para la eterna y fecunda colaboración. ¿La obra? Al otro lado del mar, las cuatro estrofas vivas del soneto supremo, sangre y alma, eternidad: los cuatro niños *perpetuadores del nombre y del amor*, dicen a través del mar y del cielo, las palabras obligadoras del retorno. Y aquí, en estos blancos papeles armoniosos, que han tenido el secreto de las lágrimas, está la otra parte de la obra común.

Que anden también estos versos, señora, los caminos del mundo; como andarán los hijos por las rutas blancas que tienen extendida su larga invitación. Versos de amor, versos de piedad, versos de justicia. Todo lo humano. Ellos inspirarán nuevos cantos y pondrán un anillo de armonía en la cadena que no tiene fin..

Luego, señora, cuando usted puso en mis manos las páginas inéditas, quise hacer el elogio—solo la justicia—de la obra y del Poeta. Decir mi entusiasmo por cada poema y mi acción de gracias por la misericordia de cada nueva emoción. Pero *nó me creí con derecho para poner un valladar de prosa entre la esperanza del lector y la atracción de belleza segura que este libro contiene.*

Quise también, por lo menos de paso, señalar y preferir. Pero donde todo hallé bueno, pensé que la emoción de cada instante, la hora cordial del lector, era la sola preferidora posible... Y nada dije de la obra y del Poeta.

Señora: que vaya sólo, con su belleza humana—ternura, dolor: vida—

este libro de todo corazón. Su premio en este mundo estará hecho con lágrimas de madre, con sonrisas de niños... Y con manos cordiales que se tienden para la fraternidad y la justicia...

Este libro suyo, señora,

MANUEL BENJAMÍN CARRIÓN.

A la señora doña Judith Borja de Larrea Chiriboga.

1633

LOS VERSOS

Que no escriba más versos, que el poeta
es un ser que se pierde en las vacías
regiones de lo ignoto;
que en fuerza de escuchar las armonías
que dilatan las ondas de los sueños,
no mira que en el alma lleva roto
el broquel que se opone a los dolores;
que viviendo con aves y con flores,
no aparta los abrojos de la senda
y que por eso, al extender la vista
hacia el triste horizonte de lo cierto
encuentra que su ser es una arista
batida por los vientos del desierto.

Qué no escriba más versos... Si en la vida
la realidad es tedio, horror y frío
y si el mundo exterior sólo convida
a la lucha servil del tuyo y mío,
no digas que en los reinos interiores
vive el poeta asido a la quimera,
que es mucha realidad que cuando él quiera
pueda ahuyentar con sueños sus dolores.

Son los versos espuma que levanta
lo mismo el vendaval de la tormenta
que el beso de la brisa,
por eso oímos en la voz que canta
ya un profundo dolor que se lamenta,
o ya la loca risa
con que el triste mortal su dicha espanta,
pues, hijo del dolor, sin darse cuenta,
evapora el placer por la garganta.
Mas siempre, como espuma que las olas
tienden sobre el abismo de los mares,
los versos,—olas de las almas solas—
cubren con blanco manto los pesares.

Cuando en horas de horror la fiera garra
del infortunio en las entrañas hiere
y las retuerce cruel y cruel desgarrar
en girones una alma que se muere,
brotan cual gritos de dolor los versos,
y, como aves que imploran,
elévase llevando la protesta
de las almas que lloran,
hacia arriba, hacia donde
la causa del dolor siempre se esconde;
y se van, como pájaros heridos,
entre el blando plumón llevando el dardo
que hirió al poeta, y un sopor de olvidos
embarga el corazón del triste bardo
que del dolor descansa,
confundiendo el soñar con la esperanza.

Y así voy yo, dentro de mi mismo,
sin mirar hacia afuera,
empeñado en cruzar el hondo abismo
que me aparta del país de la Quimera...
¿Que nunca llegaré?... Tal vez... la suerte
me brinda un ilusión, y voy, andando
tras ella... ¿Qué me importa que la muerte
me sorprenda, si al fin me halla cantando?

INTIMAS

INTIMA

Fué repentina floración de estrellas:
viajero triste en este estéril Sahara,
fui de un viejo recuerdo tras las huellas
hasta que al fin te hallé... Quién no te hallara...

El viaje fué muy largo; a muchas puertas
llamé al pasar mientras anduve errante
y encontré algunas, es verdad, abiertas;
pero no estabas, y seguí adelante.

Y cuando ya cansado del camino
quise al fin descansar... en donde quiera,
como un soplo de amor tu imagen vino
a decirme: aún es tiempo, espera, espera.

Y con la fe de mi querer eterno,
soñando en tu cariño y tu belleza,
seguí esperando en medio del invierno,
envuelto en el mantón de mi tristeza.

Entonces fué tu aparecer risueño:
los medros de la vida generosa
habían a la niña de mi sueño
hecho mujer; ya el capullo era rosa.

Cómo tembló mi corazón al verte
sin saber d^ecifrar lo que temía:
Triste presentimiento de la muerte
en plena juventud y a medio día.

Tú sabes lo demás: de mis amores
fuiste el único norte puro y santo;
te ofrecí el alma convertida en flores,
y la dejaste reducida a llanto.

Qué hacer... cargo de nuevo con mis penas
y emprendo a caminar cansado y yerto.
¡Cuánto dolor me espera... las arenas
me quemarán los pies en el desierto!

Pero es fuerza marchar; ya cuanto existe
se perdió de mi vista en lontananza;
adiós mi amor, no olvides que es muy triste
el viajar, y viajar, sin esperanza.

Mas antes de perderme en la secreta
penumbra de tu olvido, en despedida,
te he de decir también como el poeta:
como yo nadie te querrá en la vida...

Nadie... Con tu recuerdo y mis dolores,
me alejo ya, pensando en tu belleza,
a llorar solo y triste mis amores
envuelto en el mantón de mi tristeza.

ALMAS Y VERSOS

I

Yo le pedí a mi padre que me hiciera unos versos
cristalinos y suaves, perfumados y tersos;
versos que tradujeran las dulces sensaciones
que por tí, Madre, vibran en nuestros corazones;
versos que fueran de oro y que fueran sutiles
esencias de las almas en los nuevos abriles.

Yo le pedí en estrofas nuestro amor cincelado;
yo le pedí el renuevo de su numen cansado,
para poder decirte, en lenguaje armonioso,
mis íntimas ternuras en tu día glorioso.

Pero el viejo poeta cree que en este día
has de hallar en tus hijos la mejor poesía:
que ellos cantan la gloria del amor, escondido
en el suave remanso del hogar, o del nido.

Del hogar, Madre nuestra, realizando tu ideal,
formaste con nosotros el mejor madrigal.
Tú has rimado la vida en estrofas galanas,
haciendo un florilegio con cuatro almas tempranas.
Mira cómo florece el rosal de tu ensueño
cuando te trae besos el hermano pequeño.

II

—Madrecita mía:
pongo entre mis labios mi almita hecha flor,
y me transfiguro en eucaristía
para que comulgues mis besos de amor.

Tómalos, son todos
tuyos todavía:
de distintos modos
tus hijos quisimos cantar en tu día
con voz de cristal,
y con besos hago yo mi madrigal.

III

Yo quiero ofrecerte la flor de la vida
purpúrea y fragante, como fué la herida
de Nuestro Señor.

Amapola roja, sangrante rubí,
fuego de la hoguera que quema por tí,
Madre de mi amor.

Aquí te la traigo: que encarne en tu pecho,
que ría en tu dicha, que duerma en tu lecho,
que ahuyente el dolor.

Guárdala tan pura como tú la hiciste;
tú la has hecho buena, tú la bendijiste
con dulce emoción.

Yo soy una alondra que canta en la aurora,
por eso te ofrezco, como una dolora,
como una canción,

La amapola roja, la flor de la vida,
la flor misteriosa, la rosa encendida
de mi corazón.

IV

—Yo traigo el prestigio de antigua romanza,
yo traigo el milagro de la semejanza
de mi faz de niña con tu faz materna,
sólo que es la tuya tan dulce y tan tierna,
que a mí me parece que esta semejanza,
más que semejanza, es la remembranza
de un amor de madre hecho amor de abuela...
Los días que corren, el tiempo que vuela
confunde mis ojos con tus ojos grandes,
como a la distancia creemos que en los Andes
una misma cosa son nubes y cielo,
sin ver que las nubes son sólo el anhelo
que tienen los montes de subir al cielo.

Así soy yo, Madre, un querer intenso
de ser como tú eres. ¡Cuántas veces pienso
que tú modelaste mi cuerpo en tu vida
y mi alma en la tuya, de bondad transida,
creo ser cual eres: dulce, pura y santa;
por eso, en tu día, esta hija que canta,
canta en su romanza
el ferviente anhelo, la buena esperanza
de ser el milagro de tu semejanza.

V

—Así dice el poema del gran amor vivido;
así cantan tus hijos en el hogar que es nido
hecho del plumón suave del ave del ensueño;
así cantamos todos, desde el niño pequeño,
hasta yo que ya empiezo a ser la mujercita
que sabe las ternuras de su madre bendita.

Cada uno de nosotros somos vivientes versos
que tu amor ha rimado; versos suaves y tersos
como tu alma y tu vida, perfumada y hermosa,
por ser vida de madre y ser alma de esposa.

Hizo bien el poeta al quedarse callado,
pues en vez de las rimas de su numen cansado,
hoy concreta en tus hijos un soneto armonioso:
cuatro estrofas que vibran en tu día glorioso.

RETORNO

Versos, sí; van mis versos que han brotado,
sin saberlo por qué, tristes y tiernos:
aquí en silencio sólo acariciado
 por los fríos inviernos
del olvido, la duda y la tristeza,
dominé el corazón con la cabeza.

Y la tímida novia del poeta,
que me arropaba con el blando armiño
de su plumaje, en la mansión secreta
 del arte y del cariño,
me dejó solo y se marchó muy lejos,
huyendo acaso de mis cantos viejos.

Pero hoy tornó: miraba yo tus ojos,
y la sentí llegar, tímida y bella;
apartó con sus manos mis abrojos
y me ofreció una estrella,
con sus dedos rosados y pequeños,
para que alumbre mis oscuros sueños.

Y ya son desde entonces mis mañanas
más hermosas; mis noches más serenas,
y creo ver en playas no lejanas,
mucho oro en las arenas,
mucho azul en las ondas y en las nubes
la albura del plúmón de los querubes...

TRANSMIGRACION

Yo he vivido otro tiempo, yo he vivido otra vida;
mi espíritu, en los misterios de la transmigración,
volvió a este cuerpo enfermo trayéndome la herida,
la misa^{ra} herida roja de mi otro corazón.

Fué aquello en una corte de fiebre y de demencia,
que pudo ser lo mismo que en el frío Escorial,
en un blanco palacio de un duque de Florencia,
o en el áureo Versalles, o en la Roma papal.

Hay en mi alma vestigios de otros tiempos; dolores
de otras épocas; huellas de una antigua inquietud;
aun vibran en mis oídos cantos de trovadores,
y conserva mi espíritu marcas de esclavitud.

Hoy también, como entonces, en mi culto pagano,
ante ella me prosterno cual tímido doncel,
y como entonces beso la blanca y larga mano
que me mima y me azota como a un dócil lebel.

En los borrosos cuadros de esta visión lejana
hay líneas imprecisas del pasado feudal,
y hay fosos y murallas, escalas y ventana,
y una dueña importuna y almenas y dogal.

En el dogal el cuerpo que otro tiempo fué mío
rimando los vaivenes de su loca pasión
y bebiendo en la muerte el bálsamo del frío
que restañó la herida de mi otro corazón.

Hoy como entonces miro estrecho el universo
para guardar la inmensa fiebre de mi dolor,
y sueño que podría en el dogal de un verso
ahogar mis amarguras y eternizar mi amor.

NOSTALGIA

Yo quisiera llegar a un lugar
de mi pueblo y quedarme parado,
parado para poder mirar
lo que en esta ausencia habrá pasado:
quisiera llegar
para estarme parado... parado...

Yo quisiera acostarme en un rincón
de mi casa y quedarme dormido,
y dormirme sobre el corazón,
a que no me despierte el latido
de la dulce emoción
de sentirme dormido... dormido...

NEUROSIS

Al fondo de las ánforas en que escancio la vida
ha tiempo se acumula, con mi dolor, el tedio
de todo cuanto miro, con la angustia nacida
de mi mal incurable de un vivir sin remedio.

Como en odres antiguos el rubí transparente
del vino, encubre al fondo la hez precipitada,
así oculta la angustia de mi ambular presente
la risa de mi boca exangüe y desdentada.

Por eso al agitarse el recipiente extraño
con un recuerdo viejo, con una herida nueva,
el ánfora cubierta con púrpura de engaño
se entremece en angustias y mi dolor renueva.

Y mis ojos opacos con la aridez tranquila
de la farsa perenne que me trazó el destino,
se humedecen cobardes, y mi boca perfila
la ridícula mueca del llorar masculino.

Crujen los nervios todos y en convulsión histérica
rueda por la vergüenza mi farsante energía,
y mi alma, dulce y triste concreción neurasténica
de mi dolor, se embriaga con su melancolía.

LE DI LA TRISTEZA

Yo le di tanto amor, tanta ternura,
que dejé saturada su existencia
con la melosidad de la dulzura;
yo le di el alma entera como esencia
de toda la bondad de mi existencia,
y conseguí... hostigarla de ventura.

Pálida amada mía que no sabe
quién engendró en su espíritu la tristeza...
A fuer de incienso oscurecí la nave
de su templo feliz, y la pereza
de amar y de sentir dijo la clave
del hastío que forja su cabeza.



Hablo de quietud, de ser amada;
cansancio del azul resplandeciente
que no deja una sombra en su jornada;
fastidio de una dicha permanente,
tristeza de ser siempre la adorada,
dolor de ser feliz perpetuamente...

ENFERMA

Sintió la tristeza de una melodía
en la alba mañana de su juventud,
y emigró acosada de melancolía
en busca de dichas, de paz o salud.

Llegó hasta la torre de su ensueño vago,
de su ensueño loco de verse feliz,
y llevó sus cuitas ante el nuevo mago
que con ciencia extraña curaba a París.

Habló la paciente de regia belleza
y dijo al apóstol de la humanidad:
—Vengo a que me cure la enorme tristeza
que agobia mi vida como enfermedad—.

Brillaron dos ascuas tras dos lentes de oro,
y el sabio, galante por ser de París,
dijo:—la hermosura se aureola con lloro,
se puede estar triste aún siendo feliz.

Pero a veces guarda secretos el fondo
de la humana urdimbre—; y con un cristal
exploró prolijo hasta en lo más hondo
de las morbideces las huellas del mal.

—El tiempo corrido no ha atacado en nada
las frescas entrañas de su juventud,
en su cuerpo nuevo la rubia alborada
florece en sus órganos flores de salud.

Tal vez sea el alma la enferma; le escucho;
dígame sus cuitas, muéstreme el dolor
de toda su vida: las que lloran mucho
lloran casi siempre lágrimas de amor...

La blanca cuitada de negras ojeras,
de manos exangües, plena de pesar,
reclinó la frente sobre las vidrieras
y extendió la vista por el boulevard.

Frente a las vitrinas, junto a los joyeles
cuajados de seda de luz y cristal,
mujeres extáticas, lanudos lebreles,
y flores de ensueños y flores del mal.

Y miró parejas de hampones felices,
y vió entristecida la faustosidad
de los oropeles de las meretrices,
y los niños pálidos de la gran ciudad.

Más allá las torres de Nuestra Señora
truncadas de tedio; luego Montparnasse
donde el hambre canta, en vieja dolora
de alcohol y de tisis, la vida fugaz.

Y vió la nostalgia cruzar por las calles
llevando en sus hombros cargas de placer,
pensó en la grandeza fría de Versalles
envuelto en los grises del atardecer,

Y dijo:—Me sobra todo cuanto quiero,
miro la ventura siempre de trasluz,
y todo me falta y nada prefiero,
las sombras me angustian, me ciega la luz.

Recorro la vida buscando mi centro,
y la paz me cansa, me asusta el amor;
mi dicha está afuera, mi dolor adentro,
¿puede usted curarme, oh sabio Doctor?...

Por los bulevares seguía pasando
toda la alegría del mundo feliz,
y en su torre el Mago se quedó pensando
si este mal podría curarse en París...

DEBE SER

Qué bueno debe ser en el crepúsculo,
cuando no alumbra ya la luz del sol,
alumbrar las tinieblas del espíritu
con la luz del espíritu de alcohol.

Qué dulce debe ser en el estío,
cuando la vida en su correr fatal
ha secado las lágrimas, beberse
el lloro de una ampolla de cristal.

Qué suave debe ser para las noches
de insomnios, de esos que me causas tú,
absorber lentamente un hondo sueño
por un delgado tubo de bambú.

Qué hermoso debe ser al fin un día,
cansado de beber y de fumar,
cubierto con el manto de Petronio,
meterse a un baño tibio... a descansar.

NOCHE DE BAILE

Todo ha muerto y todo se ha ido,
sólo quedan de esa historia
su recuerdo en mi memoria
y mi nombre en el olvido.

Fué aquello como un derroche
de risas y de alegrías,
sólo mis melancolías
no huyeron en esa noche.

No huyeron... triste bandada
de aves que en mí se asilaron
hace tiempo, despertaron
en la torre abandonada.

1.^o Y fué para mí esa fiesta
2.^o como un fúnebre concierto
H.^o los acordes de la orquesta;
3.^o donde tocaban a muerto

donde el salón de las danzas,
con su aspecto joco-serio,
fué el sombrío cementerio
de todas mis esperanzas;

donde, como a quien se muere,
me ofrecieron en canciones
alegres, los tristes sonos
del último miserere;

donde la luz de sus ojos
que fing^{en} vagos delirios,
fueron titilantes cirios
que alumbraban mis despojos;

y donde vió mi ternura
la desbordante alegría
de su perversa ironía
cerrando mi sepultura.

Ya de esa hora de quimera
todo ha muerto y sólo existe
vivo mi amor, amor triste
como todo el que no espera.

Amor que ya nada implora,
infortunado y discreto,
amor que vive en secreto
como todo aquel que llora.

Amor que en triste derroche
vió morir sus ilusiones
y que llora en sus canciones
la fiesta de aquella noche.

DE UN SUEÑO

Yo estaba viejo y solo, el tiempo había
dejado atrás vividos muchos años;
ya mi negro cabello emblanquecía
y el corazón moría
cansado de contar sus desengaños.

Todo era del pasado y no quedaba
de los recuerdos de los tiempos idos,
sino el de la mujer a quien amaba
allá cuando soñaba
con auroras, con flores y con nidos.

Y quise de mi amor, con planta incierta,
el camino cruzar, como otros días;
mas sólo hallé la sombra de una muerta,
y en la senda desierta
indeciso sesgar de aves sombrías:

Torné a mirar entonces el santuario
donde un día guardé su imagen bella,
y pasé muchas horas solitario
buscando el relicario
donde hallé mucho polvo, y nada de ella.

¡Ah! con cuánta ansiedad quise en mi mente
forjar un rasgo de mi bien perdido,
ojos, labios, las líneas de la frente,
algo... mas inclemente
templo, imagen y altar borró el olvido.

De pronto desperté, tenía el pecho
hinchado de dolor; con fría calma
palpé temblando de inquietud el lecho,
todo estaba deshecho...
menos la imagen de ella: estaba en mi alma.

CALLA

Bien, sigue silenciosa, dulce adorada,
quiero en vez de palabras misterios vagos
de esos que dicen todo sin decir nada.

Yo voy hacia adelante como los Magos,
guiado por la lumbre de una áurea estrella
que brilla en las alturas, siempre callada,
que cruza por los cielos sin dejar huella
y que me dice todo sin decir nada.

Déjame que guiado por la Quimera,
bebiendo en las corrientes de los engaños,
comprenda en tu silencio lo que yo quiera;
después, ya vendrán solos los desengaños,
para eso el tiempo sobra, la vida es larga;
ya vendrán por su cuenta las desventuras;
¿qué te importa que sueñe, si ello no amarga
ni una gota en los mares de tus dulzuras?

^{en}
¿Qué importa que la linde que me separa
del futuro me esperen duelos y muertes,
qué importa lo que venga?... La vida pára
mientras el hombre sueña; no me despiertes;
quiero ver en la noche cómo destella
el fulgor de mis astros tristes y vagos;
déjame que persiga, sueño o estrella,
la anhelada ventura, como los Magos...

EL MEJOR IDIOMA

Tángo y tángo los dos entusiasmados
nos tuvimos que hablar,
que al fin murió la música en los labios
y no hablaremos más.

Mejor así: al recoger los pétalos
las flores del rosal,
defienden el sabor de los perfumes
que roba el huracán.

No entreabramos los labios, en silencio
guardemos nuestro afán
que tu amor, al compás de las palabras
hiciste evaporar.

Quizá oculto el amor dentro del alma,
sin volvernos a hablar,
sintiendo de la dicha la nostalgia,
de nuevo surgirá.

Que se hablen nuestras almas con los ojos,
si no pueden callar,
ellos, con sus palabras sin rumores,
talvez se entenderán.

O que hablen los recuerdos, en la mente
vivos aún están
y pueden las promesas de otros días
hacerlos despertar.

Y que hablen nuestros pechos, allí adentro,
golpeando sin cesar,
el corazón nos dice en su lenguaje
que aun sabemos amar.

Pero no nos hablemos con los labios,
pues no deben sonar
las palabras que un día evaporaron
nuestro amoroso afán.

Y así mudos los labios, en la vida
no nos digamos más,
que el amor en secreto eternamente
hablando seguirá.

POSTRIMERIAS

La noche está sola, el mundo está en calma,
oscuro está el cielo y oscura está el alma;
allá a la distancia fulguran estrellas,
y aquí en mis recuerdos titilan centellas
cual letras narrantes de la dulce historia
que como un perfume guarda mi memoria.

Murieron los goces de pasados días,
dejando su herencia: las melancolias,
—aves silenciosas que tejen el nido
allá entre las grietas del alma escondido—
Volvamos los ojos, leamos la historia
que escribió con letras de luz mi memoria.

Silencio profundo reinaba en la estancia
donde penetraba nocturnal fragancia,
fragancia suavísima robada a las flores
que tú y yo plantamos en días mejores,
y nuestras miradas ardientes se hablaban.
y mi alma y la tuya silentes temblaban.

Asombro infinito mostraban tus ojos,
bullían secretos en tus labios rojos;
todo era tristezas; allí de rodillas
me bebí tus lágrimas sobre tus mejillas:
lágrimas benditas, del alma la esencia
vertieron tus ojos llorando la ausencia.

Después, ¿lo recuerdas? vinieron tus quejas
y yo, acariciando tus suaves guedejas,
te hablé de la historia de los que van lejos
y vuelven enfermos, cansados o viejos,
buscando las dichas que ya se pasaron,
llorando el olvido de las que adoraron.

Y tú estremecida cantabas amores
eternos, en tanto plegaban las flores
sus pétalos suaves, la noche extendía
su manto de luto; el tiempo corría,
y allá a la distancia con eco lejano,
sonaban los pasos de tu padre anciano.

¿Te acuerdas?... El cielo oyó tus promesas,
y el cielo y el mundo ven hoy mis tristezas.
Llegó la partida, más tarde el olvido
y cual si el capricho las hubiese unido,
en medio a rumores de amargo reproche,
auroras envueltas en sombras de noche.

No extrañes mis quejas, con alas abiertas
me asedian recuerdos de esperanzas muertas
que tristes evocan el nombre querido
que debe en silencio guardar el olvido;
culpa a la dulzura de los muertos días
si el alma te hieren mis melancolías.

Hoy vas por el mundo risueña y tranquila
y en tanto que en mi alma la pena burila
tu imagen con rasgos profundos y duros,
diviso en la bruma de fondos oscuros
la vida apacible de una joven bella,
que va... como se ha ido mi pálida estrella.

La frente serena de tersa blancura;
los labios, panales de intacta dulzura,
abiertos cual flores de cálices rojos;
misterios profundos de lago en los ojos,
y encima flotantes los sueltos cabellos
sedosos y oscuros, rizados y bellos.

Así estás en mi alma. Hoy cruzas gloriosa
las sendas del mundo, como antes hermosa,
como antes tranquila, como antes en calma;
mas falta en tus ojos el fuego del alma
que en vivos incendios de castos amores
mi vida alumbrarα con dulces fulgores.

Quedó en tu memoria mi nombre perdido;
tus frases ardientes llevóse el olvido;
ya en mi larga noche la luz no colora,
ni surgen en mi alma carmines de aurora.
No olvides, el ciclo oyó tus promesas,
y el ciclo y el mundo ven hoy mis tristezas...

PARA TI

Ya que te dije que en tu alabanza
sonar haría
todas las notas de mi laud;
si en lontananza
miro arreboles de un nuevo día,
si en mi alma siento la juventud;

Si hay en mi vida todo aquel fuego
que hallé en tus ojos
y si son fuentes de inspiración:
tu porte griego,
tus blondos rizos, tus labios rojos
y los misterios del corazón;

Puedo cantarte: mi alma despierta,
en tí se inspira,
y para el ritmo de esta canción,
mi voz incierta
busca las notas, no ya en la lira,
sino en las fibras del corazón.

Allí hay idilios que el alma entona
con armonía,
y ellos podrían vibrar aquí;
pero, perdona,
hoy ya no tengo oh, amada mía,
ni aquellas fibras: todas te dí.

Pero si quieres oír esas notas,
allá en las tardes,
junto a las rejas de tu balcón,
si no están rotas,
busca esas fibras, puede que guardes
con tus juguetes mi corazón.

ORANDO

Bajo un arco achatado de la iglesia
muy cerca del altar
donde la Virgen con las manos juntas
nos habla de piedad;
allí donde las almas de los tristes
con religioso afán
alzan los ojos de la tierra, en busca
de lo que arriba está:

esperanzas, amor, luz, alegrías,
consuelos y piedad,
todas aquellas flores que en la tierra
no se pueden hallar,
Allí junto a la imagen de María
la madre celestial,
ante quien tantas veces fui en demanda
de consuelos y paz;
la vi una vez de hinojos, y asombrado
miré con ansiedad
a una virgen orando ante otra virgen
sin poder decifrar
qué pedía la niña de mis sueños..
La palabra fugaz
volaba de los labios hacia arriba
como incienso que va
dilatando en espiras perfumadas
fragancias de azúcar..
¡Oh virgen de mis tiernas ilusiones!
¡Oh Virgen del altar!

Bajo el arco ~~ac~~abata¹do de la iglesia
oraba yo también
muy cerca del altar, donde la hermosa
doncella de Bethem
nos habla de esperanzas a los tristes
que rogamos con fe.
Qué de cosas le dije yo a esa Virgen
que en su inmenso querer
no desoye el clamor de los que imploran;
mas, sin saber por qué,
volví la vista suplicante y tierna
y los ojos fijé
en élla, en la otra, en esa hermosa y pura
nueva flor del Edén.

Entonces mi alma, temblorosa y triste,
de rodillas cayó
y olvidando a la Virgen de los cielos,
elevó su oración
a la que ingrata, de picdad no sabe,
a la que ve el dolor
enroscarse en mi pecho ensangrentado
sin sentir compasión.

Y mi alma oró, oró como los tristes,
con inmenso fervor,
pidiendo una mirada, una sonrisa,
algún tenue fulgor
de esperanzas que curen las heridas
que su desdén causó.
¡Pobre alma dolorida que pediste,
cansada de sufrir,
un rayo de los soles que en su rostro
no brillan para ti!

MADRE

Cómo en el alma mi pesar despierta,
en el renuevo de un dolor inmenso,
Madre mía adorada, cuando pienso
que hace ya tanto tiempo que estás muerta.

Cuánto he llorado, Madre. Como un niño
posé mi frente en tu regazo yerto;
sí allí quedara entonces también muerto
bebiendo eternamente tu cariño.

Aún miro entre sombras la envoltura
empapada en el llanto de tus hijos,
sacerdotes con grandes crucifijos
y cirios y oración y desventura.

Una marcha muy larga; el camposanto,
el fúnebre doblar de las campanas,
una bóveda abierta, mis hermanas,
mi padre enfermo, mi orfandad, mi llanto...

¡Recuerdos imprecisos de amargura!
pero encima de todo se levanta
clara la imagen de mi madre santa
que en mi recuerdo y mi dolor perdura.

Sólo que aquel dolor de aquellos días
se intensifica adentro poco a poco,
y este hijo que lloraba como un loco,
cuerdo atesora sus melancolías.

He puesto dentro el alma el sentimiento
de mi filial amor y de mi pena,
para que estés ¡oh Madre santa y buena!
sepultada en mi propio pensamiento.

Y así estás, tú lo sabes: mi cariño
hace surgir en dulces emociones
del recuerdo, las santas oraciones
que me enseñaste a recitar de niño.

Y a tí te rezo ¡oh Madre! y en mi anhelo
de volverte a encontrar, mi fe perdida
retorna estremeciéndose a la vida,
porque al pensar en ti pienso en el **cielo**.

Si es tan dulce creer, Madre adorada,
que cuando yo te hablo tú me escuchas,
que puedes dirigirme en estas luchas
que aumentan el sudor de la jornada.

Que en medio de la vida tú me asistes,
y que hay calor en tu regazo santo;
que tus dedos benditos, aún el llanto
enjugan de los pobres y los tristes.

Que todavía hay besos en tus labios
para acallar el lloro de tus nietos
y que existen aún los amuletos
de tu bondad para curar agravios.

Que sigues siendo el pan de la pobreza,
la dulce defensora del vencido,
el ángel de la guarda del caído
y símbolo viviente de nobleza.

Madrecita del alma, si es un sueño,
es un sueño espantoso el no mirarte;
vuelve un rato no más, quiero besarte
cual me besabas cuando yo pequeño.

Pero ya es imposible... ¿Quién acierta
a pensar y creer?... Entre el misterio,
sólo hay la realidad del cementerio,
y allí la tumba de mi madre muerta...

ANTE EL CALVARIO

Vuelvo, Señor, el alma dolorida
hacia la cruz que ostenta tus despojos,
do en los primeros años de mi vida
bebí de fe los límpidos raudales
y a donde, posternándome de hinojos,
vuelvo otra vez los ojos
como a último consuelo de mis males.

Cuando el dolor en las entrañas clava
la garra fiera con sombrío duelo,
y la esperanza terrenal se acaba,
y el llanto el mal a consolar no alcanza,
la fe despierta y se remonta al cielo
en busca del consuelo
que vos, Señor, nos das con tu esperanza.

Envuelto en la penumbra del santuario
te seguí en las jornadas doloridas
que anduviste en tu viaje hacia el Calvario.
Mas al sentir mis íntimos dolores,
al mirar que sangraban las heridas
dentro el alma escondidas,
juzgué a tu mal los míos superiores.

He creído en vos, Señor, en mi delirio
talvez ofendo tu infinita Esencia;
mas pienso que es más grande mi martirio
que todos los martirios que sufriste.
Como vos llevo, ¡oh grande Omnipotencia!
serena la conciencia
y limpio el corazón amargo y triste.

Mas de esta vida en las revueltas olas,
para aplacar la sed de mi amargura,
la hiel me bebo de mi llanto a solas,
y así, Señor, como infeliz mendigo,
cubierto con andrajos de ventura,
en esta noche oscura,
alimento mi mal sin un testigo.

En el instante aquel en que la muerte
veló tus garzos ojos entreabiertos,
cuando crujó la cruz al peso inerte
de tus sagrados miembros, todo el cielo,
y la tierra, y los hombres, y los muertos,
por las sombras cubiertos,
vistieron de crespón fúnebre duelo.

Y yo del mal asido a las cadenas
espiro de dolor, mustia la frente,
y nadie alcanza a comprender mis penas,
a nadie mueve mi dolor profundo,
y el cielo siempre igual, indiferente,
con su fulgor luciente,
alumbra siempre igual la faz del mundo.

Los días tras los días van pasando
y no pasa el dolor, semeja el río
que entre tumbos y espumas va arrastrando
las aguas turbias sobre el cauce duro
y nunca agota el manantial sombrío;
así del dolor mío
ruge y no pasa el torbellino oscuro.

En el Calvario tu semblante triste,
a la pálida luz que tiembla y brilla,
me dice de un dolor que ya no existe,
y me habla del reposo y de la calma
que dá la muerte al transponer la orilla;
¿podrá una fe sencilla
encontrar el reposo para el alma?.....

NUEVOS RITMOS

Pues que tú lo quieres, descuelgo la lira
que estaba hace ^e tiempo silente y suspensa,
suspensa de verle dichoso
al que todos los días oyó cantar penas
y penas muy hondas
al son de sus cuerdas.

Descuelgo la lira ya que tú lo quieres,
a ver si olvidadas todas las tristezas,
puede, hoy que se han ido, decir con sus notas,
mis venturas nuevas.

Tú sabes que todas a tí te las debo
y haces bien si quieres que todos lo sepan,
para que las almas cansadas de tedio,
heladas de frío, de dolor enfermas,
miren que la vida no es del todo mala,
que no es imposible la dicha en la tierra;
que cuando dos seres se juntan en uno,
descubren la ciencia
que produce la santa, la pura,
la hermosa, la tierna,
fruición de las almas
que al amarse encuentran
el florido pedazo del mundo
en donde se esconde la vida que es buena.

Tú sabes que has sido mi dicha
y haces bien si quieres que todos lo sepan;
mas, ¿cómo decirlo?... descuelgo la lira
que estaba hace tiempo suspensa,
la estrecho en mis manos
y estrujo sus cuerdas
queriendo arrancarle en notas felices

sus preludios de auroras eternas,
sus acordes de orquestas celestes,
sus perfumes de flores no abiertas,
que diga venturas de ciclos,
y diga poemas
rimados con dulces silencios
y murmullos de frases serenas.

Descuelgo la lira
y estrujo su cuerdas;
pero todo en vano:
ahogada entre goces ni canta ni suena.

Lira de otros días,
pobre acostumbrada sólo a las tristezas,
secóse su llanto,
cesaron sus quejas
y yace en secreto gozando en silencio
sus venturas nuevas.

No puede decirlas:
el mundo está lejos y es pobre la lengua
para hablar de dichas que no tienen nombre;
no puede decirlas... y aunque lo pudiera,
¿quién le entendería?... El mundo está lejos
y en luchas y fiestas,
no entiende los goces de espíritus serenos;
el mundo está lejos y va nuestra senda
serpeando en silencio los reinos del alma,
las dulces y puras florestas
sembradas de afectos, pobladas de ensueños,
de azahares cubiertas,
y en donde se escuchan murmullos
de aquellos arroyos de ternuras nuevas,
que corren cantando,
y empapan la senda
y la cubren de verde: esperanza
que vive serena
entre las corrientes de amores benditos
que las arideces del vivir refrescan.

No puedo decirles...
pero; qué te importa que nadie las sepa
si los dos sabemos que somos felices?
Vamos adelante que allá nos espera
la casita blanca,
la blanca casita tranquila y modesta
que se alza entre mirtos,
cercada de rosas y de madreelvas;
vamos adelante, mis flores aguardan
ya tus primaveras;
vamos adelante, rosa de los cielos
para que allí seas
por todas mis flores
proclamada reina;
vamos adelante sol de mis amores,
ángel de mis sueños, luz de mis quimeras,
esencia de mi alma, vamos adelante,
la casita blanca allá nos espera;
si los dos sabemos que somos felices
y lo sabe el cielo, que ignore la tierra.
Vamos adelante,
sigamos la senda...



LA ESFINGE

La robó del desierto una hada caprichosa
y la fundió en el cuerpo de una mujer hermosa.

Al fondo de sus ojos inmensos y apacibles
marcó la interrogante de angustias invisibles,
y dibujó en sus labios el pliegue desdeñoso
del secreto enigmático, del silencio orgulloso.

Yo la hallé en mi sendero y le hablé del destino
que los tiempos marcaran en mi estrecho camino;
le interrogué la causa de mi vejez temprana
y le pedí una ruta para mi caravana.

Respondióme el silencio de engañoso espejismo,
y se abrieron sus ojos como bocas de abismo,
a donde van rodando mis sueños y mis penas
con la sed insaciada de las grises arenas.

En sus ojos abiertos vi el divagar incierto
de unas pupilas grandes que ensombreció el desierto,
de unas pupilas hondas de dromedario enfermo
perdido en las inmensas soledades del yermo.

Si ella misma, la bella, la dulce incomprendida,
no sabe lo que quiere ni a donde va en la vida...

La ruda metamorfosis petrificó su encanto,
apagó en sus pupilas la brillantez del llanto,
y porque no florezca en su alma la ilusión,
indolente y perversa le secó el corazón.

IBA A SER

Exprimía el dolor de mis entrañas
en las doradas ánforas del verso;
línea a línea nimbaba mis montañas,
golpe a golpe ahondaba el universo.

Con la apacible luz de mis estíos
sombreaba el linte oscuro de sus ojos
y con agua salobre de los míos
soñaba refrescar sus labios rojos.

En mis rimas plasmaba la hermosura
de su fina silueta de princesa
y para eternizar su alba figura
la sentaba en mi trono de tristeza.

De emoción y dolor hice derroche
con mi nostalgia tristemente bella,
y hundiendo cada estrofa en una noche
encendí en cada verso alguna estrella.

Penetré en el secreto de las cosas
para adornar el frontis de su tienda,
le dió mi corazón todas sus rosas
y mi alma sus misterios de leyenda.

Con la pristina luz de astro que nace
iba a alumbrar mi canto el universo,
cuando el cortante hielo de una frase
rompió imprudente el ánfora y el verso....

HOJAS DE ALBUM

HOJA DE ALBUM

Para ti la niña bella
que has soñado como aquella
fantástica princesita
que fué a cortar una estrella
volando hasta la infinita
misteriosa inmensidad.

Para ti de perla y grana,
nueva encarnación gitana
de ajenas ensoñaciones;
alba flor americana
cantaba en áureas canciones
por la estirpe señorial.

Para tí yo bien querria
que en vez de la copla mía
que roba a tu álbum la albura,
con pluma trémula y fria,
vibrara la galanura
de tu dulce trovador. .,

Para tí los versos de oro,
los que armonizan el coro,
de ilusiones ambulantes,
los que son regio tesoro,
los que son coplas galantes,
los que son cantos de amor.

¿ DE DONDE SOY?

*Negra soy pero hermosa: el sol ardiente
que quema en mis pupilas tenebrosas,
veló las azucenas de mi frente
y en mis mejillas marchitó las rosas.*

*Negra... morena: los sutiles velos
que cubren como antitesis extrañas
el rosado arrebol de nuestros cielos
y el inmenso blancor de las montañas.*

*¿De dónde soy?... La vieja caravana
junto al pozo de Haram tal vez me ha visto,
o acaso en la Samaria fué mi hermana
la que aplacó la sed de Jesucristo?...*

¿Flameó Estambul por mí su cimitarra
y en la Alhambra mi raza reinó un día?...
Me seduce el puntear de la guitarra
y el rojo del clavel de Andalucía.

Negra, morena soy; en la infinita
inquietud por mi estirpe de belleza.
Lo mismo pude ser la Sulamita
que Rebeca, o Zoraida, o Sotileza...

DE INVIERNO

Cayeron ya las hojas y las flores;
los vientos del invierno de la vida
marchitaron la fe de unos amores
en su estación florida.

¿No ves? cubierta la llanura en calma
por la escarcha; muy gris el ancho cielo.
Cuánto frío, ¿lo sientes?... es el alma
en la estación del hielo.

Ya las aves volaron de los nidos,
las hojas de los árboles cayeron,
y en ráfagas de hielo confundidos
los ensueños huyeron.

El sol cual cirio de indecisa lumbre
ha apagado el fulgor de sus miradas;
cuánto frío en la triste muchedumbre
y en las almas cansadas.

Mas pasará este invierno, nuevo otoño
la escarcha barrerá de la llanura,
y al árbol otra vez fresco retoño
vestirá de verdura.

Pero el que un día se robó la calma
al marchitar la fe de los amores,
es invierno sin fin dentro del alma
sin aves y sin flores.

1.^o Inviernos y dolores escondidos,
2.^o con el hielo de todos los olvidos,
3.^o del roto corazón en las malezas,
4.^o y todas las tristezas.

TUS OJOS

La noche con sus sombras misteriosas
se posó en tus pupilas
al abrirse a la vida silenciosas,
serenas y tranquilas.

Y el cuervo que se asila en las montañas
de cenicientas brumas,
entretrejió amoroso tus pestañas
con sus sedosas plumas.

Por eso hay en tus ojos la tristeza
de los misterios grandes
y fingen en tu olímpica cabeza
abismos de los Andes.

Y como de la noche en los negros
fulguran las centellas,
he visto en tus pupilas resplandores
de encendidas estrellas.

Y en sus fondos oscuros adormida,
como en lagos en calma,
reflejarse, asombrada de la vida,
la pureza de tu alma.

SIN ARTE

Oye, son para tí, por eso he puesto
un poco de alma en cada línea escrita;
yo sé que tu album cual florido cesto
 forma la santa ermita
en donde oficia la amistad bendita.

Allá van estas rimas, como flores
cogidas al azar en la pradera;
y si van sin perfume y sin colores,
 culpa a la Primavera
que no besó el rosal de mis amores.

En cambio he puesto en ellas sangre y vida;
las hice con la savia de mis venas,
porque la estrofa para tí vertida,
 si no el buril de Atenas,
la ha modelado mi alma con sus penas.

Guarda pues estos versos, que si el arte
les privó de color y de frescuras,
porque en su culto no tomaron parte,
 en las corrientes puras
se abrevaron de todas mis ternuras.

ESPEJISMO

Todo es verde en los mares de la vida
cuando, como guiada por ensueños,
va la existencia en el vaivén mecida
de las primeras horas de los sueños.

Verde porque vislumbra en lejananza
el cielo con su luz de mediodía,
y verde porque encubre la esperanza
con manto de piedad la lejanía.

Pero a medida que avanzando sigue
el piloto, empujado por su anhelo,
empieza a comprender que no persigue
sino el falso color del mar y el cielo.

NO LLORES

¡Oh! no llores... espera... todavía
no es tiempo de llorar; seca ese llanto
que puede que algún día
ahogada del dolor en el quebranto,
la gran ausencia sientas
de ese bálsamo puro que da calma
en las hondas tormentas
del corazón y el alma.

No llores, para qué; ángel que llora
causa agravio a los cielos brilladores.
Ya sé que tus pupilas son aurora
y tus mejillas flores;
pero, niña, por Dios, seca esos ojos;
¿lágrimas?... si no es tiempo de verterlas;
hoy muestra el engranaje de las perlas
en el estuche de tus labios rojos.

LAGRIMAS

¡Oh! yo sé que las lágrimas vertidas
en el dulce esplendor de los quince años,
ni el fruto son de tristes desengaños,
ni son la hiel de penas escondidas;
yo sé que los abrojos
no han herido a la dueña de los ojos
que riegan llanto sobre tez de rosa;
yo sé que en esta vida borrascosa
cuando hay hondos pesares,
no se vierten las lágrimas a mares,
pues si hay alguna que a los ojos sube,

sólo sube a formar la espesa nube
que anuncia que en el alma
rugió la tempestad y huyó la calma;
pues cuando el llanto de los tristes brota
cae en el corazón gota por gota.
Así la niña que tristezas llora
en la ficción de su mentido duelo,
de sus hondas pupilas hace un cielo
y hace de sus tristezas una aurora.

SIMPATIA

Niño que extiende las manitas suaves
demandando las brazos al abuelo;
rayo de sol que lleva hasta las naves
del templo el oro que robó del cielo;

Anciana alegre canturreando historias
mientras mece la cuna del chiquillo,
y en el albergue de las grandes glorias
la actitud de la Virgen de Murillo,

Son almas: del amor en el pequeño;
del cielo entre las naves; del pasado
en la anciana feliz, y del ensueño
en el lienzo inmortal sintetizado.

Es el alma en la lid la gentileza,
—flor perfumada de galantería—
y es el alma esencial de la belleza
lo que vibra en tu ser: la simpatía.

FANTASTICA

El sól brillaba a lo lejos
con su luz de mediodia.
En sus ojos, los reflejos
de muertos amores viejos
yo veía;
profunda melancolia
como de un sueño distante
mi alma de poeta errante
invadía;
el tren corría, corría,
Gloria mía.

Los ojos negros y largos,
como los sueños amargos
que ellos en mi alma dejaron,
se cerraron;
la princesa no dormía,
en sus reinos interiores
tal vez leía
la historia de unos amores
que fueron una elegía
de dolores:
y el tren corría, corría,
Gloria mía.

Luego el despertar risueño,
otra vez ojos abiertos,
los viejos amores muertos
fueron sueño;
sueño de un amor que huía
ante el sol de primavera;
si reía
la brillante, la hechicera
juventud que es alegría,

¿por qué llorar la químera?..
El tren corría, corría,
Gloria mía.

Los ojos negros y largos
dieron su luz a los míos
que tienen fondos amargos
y sombríos.
Después... un cielo que huía;
atrás la estación distante;
una banqueta fragante
y desierta; una alma errante
que sufría,
y el tren que siempre corría,
Gloria mía.

A CONCHITA

Fué la bella
transitoria aparición
de una estrella;
la ilusión
de una ardiente fantasía
que como alma de las flores,
dió perfume y poesía
a unos viejos soñadores.

Fué como una
casta aureola de la luna,
que llegó timidamente
a decirnos dulcemente
de las suaves claridades
que en el fondo de las cosas,
sean cardos, sean rosás,
hay en todas las edades.

Fué la luz de la mañana
que es calor y que es frescura;
fué la clásica gitana
que da la buenaventura.

Y para ella, la princesa
de alma pura por blasón,
la que es luz y es gentileza
y se llama Concepción,
que concibe la grandeza
del amor y la ilusión,
vayan cual claros espejos
que reflejan alma y canas,
las cuatro firmas galanas
de cuatro galantes viejos.

PAISAJE GERMANO

Qué paisaje ¡oh amiga! tan sombrío:
el sol rompe en monótonos colores
los rayos de una luz sin resplandores
con que alumbra ese cuadro del hastío.

Allá los troncos que entumece el frío,
—esqueletos que sufren los rigores
del abandono ingrato de las flores
de las aves, del aura y del rocío—.

Luego la nieve cual sudario inmenso;
un hombre triste de mirada inquieta,
y un cielo plomo de siniestra calma.

Cuánta tristeza... yo la siento y pienso
que ese cuadro es la copia que un poeta
hizo mirando en lo interior de su alma.

ANGELUS

Angel puro que vas solo en las rompientes de la vida,
llama, llama;
es la hora del misterio, si los cielos hoy no ^sécuchan
tu plegaria,
¿qué ha de oír las de los tristes desterrados?...

Llama, llama;
a tus rezos silenciosos une sonos cristalinos
la campana,
y fundidos esos rezos y esos sonos,
qué bien hablan
del amor, del misterio y la tristeza
de las almas.

Angel puro que vas solo en las rompientes de la vida,
llama, llama;
y conmueve hasta los ciclos silenciosos
con tus lágrimas.

VARIOS

BOCETO

La luz de un sol de vivos resplandores
en cielo azul, sin brumas,
como un mar de cristal limpio de espumas;
en el campo han abierto ya las flores;
la brisa bate pétalos de rosas
que como un florecer de mariposas
todo el gramal inundan;
en la tierra hay misterios que fecundan,
y hay almas en las cosas.

En la cumbre lejana
corta un hilo de plata el firmamento,
y en la pampa cercana
da su sombra el rosal a un buen jumento;
la manada se esparce en la pradera,
y el matorral bravio
desgreñado, se arrastra en la ladera
hasta empapar su ramas en el río.

En la huerta vecina
busca un labriego entre el maizal el nido
que tiene la gallina
con previsorio amor allí escondido
de la rapacidad del hombre-lobo,
y bajo un algarrobo
duerme un buey nostálgico de olvido.

En el remanso que formó el torrente,
lecho de líquen apacible y mudo,
hunde el cuerpo desnudo
una india núbil de brillantes ojos;
con serena quietud un indio mozo
la mira indiferente:
no hay en ella sonrojos,
ni en él vibra la vida;
sólo cuando ella con ligero embozo
deja el líquen y el baño,
el agua dulcemente,
como evitando producirle daño,
se desliza en las carnes victoriosas;
hecha espuma contempla su salida,
y luego, convertida
en onda canta el alma de las cosas...

LA MUERTE DEL NIÑO

El niño se muere;
la madre no quiere
dejar la cunita de suaves armiños:
el niño, es un niño de nácar o cera
que amarilló el fuego de fiebre maligna.
¡Muerte de los niños,
cómo profundizas el eterno enigma
que explicar no sabe, ni el caer de las rosas,
ni la fuga de seres y cosas
en las alboradas!...
Mueren los mancebos,
mueren las amadas
robando a la vida el dulce tributo
que es prole de amores,
y mueren las flores
matando en su germen el fruto.

El niño se muere;
la madre no quiere
dejar la cunita de suaves armiños.
¡Oh desesperante muerte de los niños!
¡Angustia asombrada, calma dolorida,
reflejada en los labios abiertos
de la madre que mira esa vida
que latió en sus entrañas, tan pronto extinguida,
tan pronto en la sombra perdida,
en la sombra en que vagan los muertos!

El niño, es un niño de nácar o cera;
sus ojos abiertos ya no miran nada;
muere en la alborada,
dulcemente muere;
la madre no quiere
dar término al llanto;
pero aún modula el último canto
con su voz enferma,
para que el pequeño
dulcemente duerma
el último sueño.

Y cuando la aurora despliega las galas
que ahuyentan el tenue claror de la luna,
un leve suspiro, cual rumor de alas,
estremece la cuna:
ha llegado la Muerte
y ha herido al pequeño;
el último sueño
se une a la primera visión de la vida,
y el niño
encuentra la tumba en su cuna de armiño.

SIERVOS AGRARIOS

Para Pío Jaramillo Alvarado.

De las quiebras hondas de la serranía
son ecos perdidos mis rudas canciones,
por eso hay en ellas la melancolía
de valles lejanos y de altos peñones.

La melancolía de blancas montañas
que guardan la estirpe de viejos condores
y en donde se agrupan visiones extrañas
al son dolorido de los rondadores.

En las crestas grises perfila la niebla,
—fantasmas o espíritus de época lejana—
la flor de la raza que el tiempo despuebla
en la de otros dueños tierra americana.

Allí se dibujan zagalas desnudas
de talles flexibles y pechos erectos,
entre los guerreros de pupilas mudas
y fosforescentes cual áureos insectos.

Allí los monarcas que dejan la vida
llevando en el alma la luz de los ojos,
tristes y profundos de la preferida
que ha de sepultarse junto a sus despojos.

Allí las hogueras en la noche bruna;
la indecisa sombra que al guerrero acecha,
y entre los discretos clarores de luna,
el arco tendido y el grito y la flecha.

Allí... llega el viento que azota la niebla,
rompe las visiones, y el cuadro diluye,
y surge la sierra que el tiempo despuebla
y la raza triste que el odio destruye.

Abajo van ellos, como enjambre fiero,
sin arcos, ni flechas y desmelenados,
sus dorsos bronceos en curvas de acero
al peso que llevan desmayan cansados.

Ya no son los mismos: sus frentes oscuras
no ostentan el lujo de espesos plumajes;
se acabó la gloria de sus aventuras
dulces y sabrosas, entre los boscajes.

Sus rudas espaldas no adornan las pieles
del puma y del oso; sus manos callosas
ya no darán nunca panales de mieles
a sus adoradas, desnudas y hermosas.

Los que a la luz roja de inmensas hogueras
danzaban en honra del Padre del Día
llevando en sus picas lacias cabelleras,
trofeos gloriosos de su valentía;

Los que fueron príncipes y viejos monarcas
del bosque y la pampa y el páramo frío,
los que repartían oro de sus arcas
como muestra pálida de su poderío;

Allí van ahora,—rebaño de leones,
hambrientos y tristes, y domesticados—
sus dorsos bronceados, sus férreos tendones,
al peso que llevan desmayan cansados.

Los dueños del suelo son hordas de parias
que doran de espigas la pampa desierta,
de espigas ajenas... Víctimas agrarias,
últimos despojos de la raza muerta...

Sólo allá en las crestas de la serranía
la niebla revive sus viejas visiones,
por eso hay en ellos la melancolía
de valles lejanos y de altos peñones.

AMOR, PIEDAD, TEMOR

Amor para la raza que consume
la existencia con dulce mansedumbre;
raza que cual crisálida
en el estercolero es podredumbre,
y en la corola de la flor perfume.

Piedad para la raza tributaria,
la triste, la vencida
por la rudeza agraria
de los amos del pan y de la vida.

Temor para los siervos
que empiezan a juzgar a sus señores:
ya aparecen los cuervos
precursores
del próximo llegar de los condores...

Amor para el hermano;
piedad para el vencido;
temor a lo que viene: el Soberano,
el Mesías moderno está ya ungido.

Y se acerca; mas nó como el Cordero,
viene como un apóstol de desangre
ansiado en un Jordán de fuego y sangre
purificar al universo entero...

EL PODER DEL AMOR

Versos recitados por la niña Piedad Larrea Borja en la repartición de vestidos a los niños pobres, verificada por la Asociación «Taller de Costura».

Hidalga gentileza
que más que compasión amor encierra,
convocó estos retoños de tristeza,
—ángeles haraposos de la tierra—.

Y con suaves quererres,
con ternuras que son dulces hechizos,
acoge en su regazo tiernos seres,
de almas sin luz, en cuerpos enfermizos.

Y estos brotes tempranos
del fatal germinar de la desgracia,
hoy hallan, con asombro, a sus hermanos
entre las sedas de la aristocracia.

El pordiosero enjambre
venía ya con ímpetus de río
guiado por el vértigo del hambre,
temblando de rencor más que de frío.

Mas su furor desmaya
al contemplar este amoroso anhelo,
y manso se dilata por la playa
do se unen las arenas con el cielo.

Si el amor puede tanto
que forma de dos vidas un aliento,
y funde dos dolores en un llanto,
y en dos frentes un mismo pensamiento;

si encarna la alegría
de la unión del insecto con las flores,
¿por qué no ha de juntar en algún día
a esclavos, a oprimidos y a señores?

APOTEOSIS

Léase, como se indica en la numeración.

1.^a En tiempo de virreyes, allá cuando extendía España sus dominios del norte al mediodía; cuando el sol en su ruta por la infinita esfera no halló nunca un ocaso sobre la tierra ibera, aquí, bajo las nieves de las montañas grandes, una ciudad dormía, reclinada en los Andes. *Villa Leal y Noble* que en esos tiempos pudo merecer los honores de ostentar el escudo que adorna dos espadas, una cabeza humana y una custodia, símbolo de la fe castellana.

2.^a Los tiempos eran malos: los viejos campeones
que invadieron la América luchando como leones,
legaron a sus hijos las nostalgias del oro
que el noble Atabaliva hurtó con su tesoro
al ansia de esos locos, febriles de riqueza,
que olvidando los timbres de la hispana nobleza,
oprimían al débil, luchaban contra el fuerte,
solo ante ídolos de oro afrontaban la muerte
escudándose siempre tras esa fe sencilla
que proclamó en Lepanto las glorias de Castilla.

3.^a ¡Oh los tiempos aquellos! El hispano guerrero
no era ya como el olro famoso caballero
que anduvo de la Mancha por los vastos desiertos,
defendiendo a las viudas, enderezando entuertos
y arriesgando la vida con estorca valior
por su Dios y su Patria, por su dama y su honor.

4.^a Los tiempos eran malos: la América española
yacía entre los mares abandonada y sola,
en tanto que la Europa, bajo regio estandarte,
marchaba a la conquista de la ciencia y del arte.

5.^a Mas de pronto la villa que alzóse en el regazo
hirsuto de las breñas del grande Chimborazo,
surgió como una aurora de la noche sombría
que a América en sus sombras tanto tiempo envolvía,
la luz esplendorosa de un genio que do quiera
encontró lo escondido.

6.^a Vagó por la ancha esfera
y sorprendió el misterio de esos ignotos mundos
velados por las nubes, entre abismos profundos,
para que a ellos llegase la humana inteligencia
en las potentes alas del genio y de la ciencia.
Bajó los ojos luego, y andando, siempre andando,
del saber en la senda, vió la tierra rodando
en esa misma esfera donde ruedan los astros,
sin dejar de su marcha los más ligeros rastros,
y esa mente, en las sombras de América nacida,
encontró en las estrellas luminosa medida
para apresar la tierra, libre de todo engaño,
y descubrir su ruta, su forma y su tamaño.
Después miró a su patria con anhelo infinito,
y trazó sobre un pliego todo el Reino de Quito.

11.^a Pero un día mirando, como miran los sabios,
los vastos horizontes, sintió frío en los labios,
sintió frío en los ojos, sintió frío en el alma,
y soñando en los mundos que duermen en la calma
del espacio infinito, vió las rubias estrellas,
y embarcado en la Estigia, fué a conversar con ellas...

.....

12.^a Dos siglos han pasado; los huesos del proscrito
no están bajo la tierra de su Reino de Quito...

13.^a Dos siglos... ya la villa que alzóse en el regazo
hirsuto de las breñas del grande Chimborazo,
nueva Atlántida, yace perdida en las entrañas
de un mar hecho de riscos y cumbres de molañas.
Ya el gran reloj del tiempo dejó correr la arena,
y marcó la hora cierta de romper la cadena
que echó sobre los hombros de la India adolescente
la austera y noble madre de todo el Continente.

14.^a ¡ Oh! los tiempos que pasan: gigantes destructores
de pueblos y de razas, de reyes y señores.
Sólo el Genio, más firme que montes y ciudades,
se alza incólume siempre por sobre las edades;
sólo él surge en el tiempo sin ser jamás vencido;
sólo él, marino experto en mares del olvido,
sabe domar las olas en el bajel de gloria
que al fin a sus pilotos desembarca en la **Historia**,

15.^a Así fué Maldonado. Su patria que en la rota
de los mundos hundióse en gigante derrota,
salvó, como una joya de su mejor riqueza,
las legendarias huestes de su vieja nobleza,
que al ver por donde quiera sólo tristes despojos
de la ciudad querida, dilataron los ojos.
miraron allá lejos tendida una llanura
y lanzando a los aires un grito de ventura,
con la piqueta al hombro y con la azada al brazo,
dieron esta nueva hija al blanco Chimborazo.

16.^a ¿Nueva hija? No, es la misma, después de la contienda,
surgió cual la ave fénix de la antigua leyenda.

7.^a Maldonado fué el genio: luchó sólo en la senda,
y ansiando nuevas lumbres, abandonó su tienda;
nostálgico de ciencia dejó los patrios lares,
y se lanzó muy lejos a través de los mares.

8.^a La Francia que seguía los ya seguros pasos
del sabio americano, tendiéndole los brazos,
le estrechó sobre el seno, le acarició la frente,
y admiró la grandeza de aquel cerebro ardiente
que, nacido en las faldas de estas montañas bellas,
supo irradiar él solo la luz de todas ellas.

9.^a La Bélgica, la Holanda y nuestra madre España
bebieron en la fuente de aquella ciencia extraña,
que el criollo brindóles en ancha copa de oro,
demostrando que América tenía otro tesoro
más rico que el guardado en misteriosas arcas
por los tristes salvajes y sus tristes monarcas.

10.^a Después, ave emigrante, siguió la primavera
que florece en las mentes: Albión está en espera,
y allá dirige el rumbo y allí para su vuelo,
porque allí hay mucha lumbre para saciar su anhelo.
Inglaterra, siguiendo de Francia el alto ejemplo,
le abrió las puertas todas para que entrara al templo
donde el saber se ostenta, el sabio bien venido
que fué, no como un neófito, sino cual viejo ungido,
a cantar ante el ara de las grandes verdades
sus salmos luminosos que aún oyen las edades.

17.^a De Maldonado es esta ciudad gloriosa, cuna
traída por los genios acá donde la luna
nace como una hostia sobre el Altar de plata
que el poder de los Dioses en sus picos retrata,
para morir cual Virgen del Sol, tranquila y sola
y tener como tumba la más grandiosa tola
que se eleva en los Andes.

18.^a

¡Oh! la andina Señora

que surgió de sus ruinas para cantar ahora
la apoteosis del hijo que naciera en su suelo:
del que arrancó secretos a la tierra y al cielo;
del que legó a la patria sus laureles de gloria,
su saber a la ciencia, y su nombre a la Historia;
del Sabio que nostálgico de soles y de estrellas,
desde playas lejanas fué a conversar con ellas.

MAESTRO

En la consagración episcopal del R. P. Machado.

Vuelvo la vista hacia los tiempos idos
y me acojo a tus sabias enseñanzas;
aves que tornan a los viejos nidos
las almas son que buscan esperanzas.

De mi recuerdo en los confines vagos
vislumbro de una luz la clara huella,
quién sabe si es la estrella
que condujo a Bethl¹em a los Tres Magos.

Ella alumbró mi senda; todavía
entre las negras sombras de mi duda,
tu enseñanza me ayuda
y esperando que irradie un nuevo día,
sigo de pie sobre la senda ruda.

No sé si el día llegará: tú vienes
y plenos de oración traes los labios,
y en la mirada tienes
la luz de las verdades de los sabios.

El correr de los tiempos heladores
se llevó mi niñez, fruto de cielos,
y mi inocencia desgarró sus velos.
y mi alegría se trocó en dolores.

Yace mi fe cual Lázaro y te invoca
desde esa tumba en que el dolor le ha puesto;
mas perdura en su gesto
algo como ansiedad de oír en tu boca
la palabra de amor dulce y discreta
con que daba la vida el buen Profeta.

Ven recoge a los tuyos que perdidos
van de la vida por la senda ignota,
con la esperanza rota
y en el humano enjambre confundidos.

Ven y restaña la profunda herida
que abrió del tiempo la veloz carrera;
háblanos, tu misión no está cumplida:
escuela es esta vida,
pues aprendamos a vivir siquiera.

Maestro, que suene ya tu voz y diga
del de los tristes la misión futura;
por esa cruz a que el amor te obliga,
enciende alguna luz, luz de ventura
en esta noche oscura.

Ya solo queda al alma que te implora
la visión de otros días muy queridos,
y vislumbra la aurora
en el recuerdo de esos tiempos idos.

Allí escuché tus sabias esperanzas,
y en la aridez de este vivir sombrío,
son ellas esperanzas
que calientan el alma cuando hay frío.

EGLOGA TRAGICA

Para Gonzalo Zaldumbide.

Es un cuento fantástico el que refiere una
cita ferviente y dulce habida entre maizales:
la flor de las doncellas y el rey de los zagales
vivieron el Paraíso en una noche bruna.

En sus ternuras ella bebió rayos de luna:
él en su ardor obtuvo púrpura de rosales,
y cantó el áureo coro de ondas en los trigales
y cantaron las olas de plata en la laguna.

La hilandera monótona siguió alargando el hilo
que es dolor y alegría en la rueca fatal,
y la égloga ha tornándose en un cantar de Esquilo
que ha convertido en lloros los cantos del trisal,
y el amor en un triste esperar intranquilo
que llegue la vendimia y el fruto del maizal...

VISION

Los tristes pequeñuelos se han dormido;
la lluvia cae en la ciudad desierta,
y entre un montón de flores confundido
el blanco cuerpo de la madre muerta.

El cierzo bate en el vitral sombrío
que el rojo oscuro de un hachón refleja;
en las pequeñas cunas hace frío,
y en cada alma infantil hay una queja.

En el oriente, al despuntar la aurora,
grises dilatan su plumón las nubes:
quizá la madre desde el cielo llora
ante un coro asombrado de querubes,

porque desde esa playa sin orillas,
siempre en sus hijos la mirada alerta,
los ha visto rezando de rodillas,
juntas las manos, por la madre muerta.

EL TREN INTERANDINO

El monstruo formidable se estremece,
despliega la azulada cabellera
y lanzando un rugido que parece
un reto a la distante cordillera,
emprende hacia las cumbres la carrera.

Y va como una boa en las montañas
salvando abismos y rompiendo nieblas,
y a mirarlo pasar, de las cabañas
surgen rostros besados por tinieblas
y cuerpos tan flexibles como cañas.

Pasa la selva despeinada y triste
con sus palmeras y árboles sombríos,
con sus claros esteros, con sus ríos
bordeados por las flores con que viste
el Trópico sus vastos señoríos.

El vapor fuerza y el titán se admira
hallar más tierra en su carrera ruda;
de pronto el monstruo se defiende y mira
la inmensa roca gigantesca y muda,
fiel centinela que la sierra escuda.

Bloques parecen puestos por titanes
para guardar la hermosa serranía;
los cíclopes debieron algún día,
vaciando el fuego sacro a los volcanes,
formar con lavas esa mole fría.

Y es forzoso vencer: el hierro cruje;
chisporrotea el fuego que se enciende;
el monstruo formidable tiembla y ruga,
y del vapor al poderoso empuje,
triunfa la idea y el Progreso asciende.

Luego cruza los páramos desiertos,
—trozos de mundo que parecen muertos
entre abismos muy negros y muy grandes—
llega a los picos de blancos cubiertos,
y retoza en los lomos de los Andes.

El indio melancólico, el que habita
entre las quiebras de la sierra brava,
mira el vapor que en el cenit se agita
cual cabellera que en el cielo acaba,
y otra vez tiembla por su raza esclava.

Y el tren avanza siempre, ya travieso
sacudiendo a los aires la melena;
ya como un gladiador sobre la arena,
ya como una ave de plumaje espeso
que ansía entrar en la mansión serena.

Otras veces soberbio e imponente
se estremece en nerviosas sacudidas
y envuelve el negro dombo de su frente
en el raudal de luces desprendidas
de sus rojas entrañas encendidas.

Después, se cansa de las rocas duras
y descende a planicies de verduras,
cercadas con los muros de los montes;
desde allí admira nuevos horizontes,
y otra vez le fascinan las alturas.

Nada detiene su potente paso;
sube envuelto en virutas de fulgores,
y al mirarle a los blancos resplandores
de los hielos, se inclina el Chimborazo
creyendo ver al rey de los condores.

Los volcanes inquietos se conmueven
ante el rival que en el confín pasea;
celosos, fieros, las entrañas mueven
y agitan, cual banderas de pelea,
humo y más humo que en el cielo ondea.

E impertérrito el tren,—bravo guerrero
conquistador de incógnitas regiones—
sigue, cual legendario caballero
vestido todo de brillante acero,
tremolando en el aire sus pendones.

(1) Y se detiene al fin. Como un proscrito
buscando fué la tierra prometida,
y esa tierra está allí, dícele el grito
de vapor que asordando el infinito,
ya a despertar a la ciudad dormida...

(1) Léase esta estrofa al final de la epigrama siguiente.

Es el gran triunfador: cruzó el bosque;
corrió como un corcel por las sábanas;
trepó los riscos del volcán salvaje,
y confundió en la altura su plumaje
con el plumaje de las cimas canas.

Y él que dejó palmeras y colinas
y ciudades envueltas en el velo
de la gasa sutil de las neblinas,
sin dar descanso a su ardoroso anhelo,
sigue en pos de otra tierra y de otro cielo.

Y avanza como un cíclope jadeante
por entre abismos y encrespadas rocas;
de pronto ruge el vencedor gigante:
es que ha visto, tendida, allá adelante
la villa, ensueño de sus ansias locas.

Y al mirarla confusa entre las brumas,
con picachos de torres y de montes,
lanza a los cielos un raudal de espumas
que como nimbo de azuladas plumas
va a perderse en lejanos horizontes.

INDÍCE

INDICE

Los versos. 11

INTIMAS

Intima. 17
 Retorno. 26
 Calla. 45
 Noche de baile. 40
 De un sueño. 43
 El mejor idioma. 47
 Postrimerias. 50
 Orando. 57
 Neurosis. 31
 Transmigración. 28
 Debe ser. 39
 Madre. 61
 Le di la tristeza. 33
 Iba a ser. 76
 La Esfinge. 74
 Nuevos ritmos. 69
 Almas y versos. 20
 Enferma. 35
 Nostalgia. 30

HOJAS DE ALBUM

¿De dónde soy? 83
 No flores. 92

Tus ojos. 87
 Sin arte. 89
 De invierno. 85
 Para Ti. 55
 Hoja de Album. 81
 Lágrimas. 93
 Simpatía. 95
 Paisaje germano. 102
 Fantástica. 97
 A Couchita. 99
 Espejismo. 91
 Angelus. 103

VARIOS

La muerte del niño. 109
 Egloga Trágica. 131
 Boceto. 107
 Maestro. 128
 Visión. 132
 Siervos agrarios. 112
 El tren interandino. 134
 Ante el Calvario. 65
 El poder del amor. 118
 Amor, piedad, temor. 116
 Apoteosis. 120

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 10 DE NOVIEMBRE DE 1927
EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL
PARIS-AMÉRICA, 14-16 BOULEVARD
POISSONNIÈRE, PARÍS
